

Arrostrar, mejor que inhibirse

Nuestra preferencia para esta sección la deseáramos, siempre, cara a las cosas optimistas. La deseáramos un exponente del lado fácil de la vida. Pero, ¿no sería ello un inocente engaño? Como buenos ciudadanos ¿no debemos confesar nuestras imperfecciones y más si éstas recaen en gentes casi infantiles y reincidentes? Quizá de esta manifestación llana pueda salir la enmienda propicia que al fin y al cabo demanda la buena sociedad.

Ya se habrá adivinado con este preámbulo, a que imperfección se alude. El hecho es doloroso para quienes les alcanza de cerca, así debe reconocerse. Muchas circunstancias actuales quizá atenúen la responsabilidad de los padres de aquellos que la semana pasada se convirtieron en pequeños delincuentes. Pero no es menos verdad, también, que cuando la reincidencia es ya frecuente, entonces es la sociedad quien debe tomar la iniciativa; el control paterno es insuficiente para atajar el mal que nos aqueja.

Si. Es lamentable la confesión. Quién puede dudar. Mas no se dude que esta precoz delincuencia es inadmisibles por muy, velada que se presente. Si hasta el mismo lugar en que ella se dió habla con el lenguaje de la inflexibilidad para estos casos graves.

Arróstrese los hechos con su amarga verdad en lugar de inhibirse. Actúese con serena cordura, y aquellos que hoy puedan sentirse doloridos o defraudados, a buen seguro que otro día se sentirán aligerados y agradecidos.

Áncora

SAN FELIU DE GUIXOLS 14 DE NOVIEMBRE 1957 - NÚM. 507 - AÑO XI

El perro y el satélite



Es curioso observar como reacciona el público ante los acontecimientos mundiales. Como reacciona y como deja de reaccionar, ante un mismo hecho, según la idiosincracia de cada persona.

Ocurre a menudo que aquello que provoca un estado sentimental intenso, — de compasión, de solidaridad o entusiasmo — en determinadas personas no provoca ni el más leve impacto afectivo en las fibras sentimentales de otras. Exactamente como si dentro la gama de la emotividad humana estuviéramos los unos dotados de una rica vena hipersensible, mientras los otros gozáramos por así decirlo, de una total inmunidad a las mismas causas.

Un ejemplo patente de lo antedicho lo tenemos en un hecho bien reciente. En el segundo satélite artificial lanzado al espacio por los rusos fué metido un ser vivo como sujeto de experimentación; concretamente un perro.

Al difundirse la noticia por el mundo una ola de indignación cundió a través de muchos países y afectó a multitud de personas. Se produjeron espontáneas manifestaciones de protesta, y las asociaciones protectoras de animales cursaron sendos mensajes reprobando tal proceder por considerarlo inhumano e indigno de un pueblo civilizado. No habiendo garantías suficientes de que el can pudiera volver a la tierra sano y salvo no debía haberlo expuesto, según ellos, a tal cruento sacrificio, ni a cambio de su eficaz contribución al progreso científico.

Para multitud de personas la vida de un animal es poco menos que sagrada, y el hombre, salvo en casos muy excepcio-

nales (¿por qué ese no podía ser uno de ellos?) no era quien para disponer de la existencia de un ser vivo, y aun menos de uno tan apegado a la vida doméstica como lo es éste de que ahora se trataba.

Otro sector del público mundial, en cambio consideró que el hecho no tenía tanta importancia. Tratándose de un perro no era mucho de lamentar la pérdida. Si se tratara de un ser humano ya sería otra cosa (¡Y tanto!)

Por último hay los que opinan que los lanzadores del ingenio han obrado muy bien «embarcando» un can en el vehículo cósmico, si creen que así pueden obtener datos útiles para el progreso de la novísima ciencia astronáutica.

Es evidente que, aunque del uno al otro extremo de las dos posturas o sentires la de los que se rasgan las vestiduras por considerarlo un hecho criminoso, y los que no le conceden la más mínima importancia desde el punto de vista sentimental hay un extenso margen de sentido común, compuesto de mitad y mitad, de ambas concepciones, que induce a pensar que sin afrontar el riesgo de alguna vida en el camino de la ciencia seguramente la humanidad no habría alcanzado a estas horas el progreso de que hoy disfrutamos.

No queremos desde aquí, ni nos incumben hacerlo, abogar en pro o en contra de los unos ni de los otros. Lo único que pretendemos hacer resaltar en la gran distancia que separa a los hombres cuando de ponderar un mismo hecho se trata. El abismo de incomprensión que se interpone entre dos bandos cuando ambos se aferran obstinados a sus concepciones unilaterales.

Y en muchos casos, aun de los más trascendentales, bastaría una pequeña dosis de sentido común, de un querer situarse por un momento en el lugar de nuestro contrapinante, para ver las cosas en su justo medio y limándolas de enconos, franquearles una mayor viabilidad.

Pero... ¿es esto posible?